

con el interés con que defenderían la suya propia! ¿Qué acontecería entonces?

*non tantum pectora vulgi
Dura forant, non tam multis sermonibus heu! tam
Exiguus feret fructus; ferventior esset
Mens hominum, pietas major majorque teneret
Religio populos...*

¡Ah!, no quedarán tan duros los corazones de los oyentes, ni fuera tan poco el fruto de tanto predicar: la gente se en- fervorizaría más y más, y la religión se dilataría y arraiga- ría en los pueblos. ¿Y qué más?

*et turba frequentior altum
Percoleret virtutis iter, felictior iret
Vita hominum, neque tanta forent dispendia gentis,
Pro qua supplicium durum mortemque cruciatam,
Nate Dei summi, et lignum crudele subisti¹.*

Entonces, ¡oh frutos suavísimos de la verdadera elocuen- cia!, serían muchos más los que emprenderían la ardua sen- da de la perfección cristiana; la vida social y privada sería más feliz, y, sobre todo,

No tantas almas al profundo averno
Se hundieran ¡ay!, por quien sangrienta muerte
Sufriste en dura cruz, ¡oh Dios eterno!

¹ Rhetor. lib. IV.



DISCURSO TREINTA

MENOSPRECIO DEL MUNDO

*Ego testimonium perhibeo de mundo, quod
opera ejus mala sunt.*

Yo doy testimonio acerca del mundo, que
sus obras son perversas.

(JOAN., VII, 7.)

EXORDIO

Por insinuación
oratoria.

Sⁱ hay hombres bien premiados y enaltecidos en toda re- pública ordenada, son, sin duda, los que descubren á un traidor. Asuero, aquel monarca poderosísimo del Asia que extendía su imperio sobre ciento y veintisiete provin- cias, sublimó, como es sabido, á los reales honores al buen Mardoqueo, por quien averiguó su Majestad las tra- mas de Farés y Bagatan, dos gentileshombres de su pala- cio. Tiberio premió á Antonia, mujer de Druso, que le re- veló la traición de Seyano. Pirro á Fenaretos, mujer de Sa- món, que le dió parte de la traición de Neoptólemo; y Cre- so á una baja esclava de palacio, que le descubrió las tra- zas y artificios de su madrastra, le levantó una estatua de oro, en señal de gratitud ó para escarmiento de los demás, y la colocó en el templo délfico.

Excita la aten-
ción con la nove-
dad del relato.

Inducción his-
tórica.

¿Qué recompensa, pues, oyentes míos, puedo prometer- me de vosotros, comoquiera que mi objeto, al subir á esta cátedra de verdad, no es otro que descubrirlos y manifes- taros un gran traidor?—¿Qué traidor es éste? ¿dónde está? ¿cómo se llama? Denúnciesele, hágase manifiesta su mal- dad, castiguese al punto sin perdón.—¡Ah, hermanos míos!, os lo diré; pero témome mucho que no me creeréis;

Cáptase la deci-
sidad.

por sustentación
ingenuos, porque los más le amáis tan entrañablemente, que de seguro tomaréis su defensa, y le patrocinareis, y, á trueque de sostenerle á él, me agraviaréis á mí, diciendo que le calumnio contra justicia: ¡tan lejos estaréis de reconocer el beneficio y galardonar mi buena obra! Mas en vano; porque es traidor manifiesto, clarísimo, evidente, que presenta todas las señales de tal, y ¡ay de aquel que no se guarda de sus lazos! Este traidor ¡oh cristianos! es el mundo.

¿No es así? Dígalo nuestro adorable Redentor, el cual por el testimonio
de J. C. vino á la tierra para manifestar á los hombres esta gran verdad, y dar público testimonio que las obras del mundo son malas y perversas: *Ego testimonium perhibeo de mundo, quod opera ejus mala sunt.* Y ¿qué necesidad había de testigo tan abonado y de tan severa protestación, si fueran tan conocidas la malignidad del mundo y la perversidad de sus obras? Innumerables son los que lo ignoran, y así fianse de él, le reverencian, se le entregan totalmente, y con todo cuidado procuran servirle y darle siempre gusto y contentamiento.

Y ¿queréis vosotros pertenecer á ese número? ¡Oh!, si yo supiese en este día descubrir los embustes y marañas, y representaros sus engaños y mentiras, ¿quién duda sino que sentiríais lo que sentía el apóstol San Pablo, quien asegura que no hacía del mundo más estima que la que suele hacerse de un ladrón ó público malhechor puesto en el palo? *Mihi mundus crucifixus est*¹. Y ya que no lleguéis á este **desapego y aborrecimiento del mundo**, á lo menos no le améis, no le favorezcáis, no os entreguéis á él tan ciegamente, que es lo que á todo trance pido de vosotros; y para que veáis las razones que me abonan, prestadme vuestra benévola atención.

¹ Gal., vi, 14.

Cáptase la brevedad.

por moción de afectos de entrañable caridad.

Propos, y fin del discurso.

PRIMERA PARTE

II

Y en primer lugar, decidme, amados oyentes míos: vosotros sentís una poderosa inclinación al mundo, ¿no es verdad? Pues veamos antes qué cosas hay en él que merezcan vuestros servicios. ¿Son por ventura sus magníficas y liberales promesas, tan conformes á vuestra índole y generosa condición? Esto es, en mi sentir, lo que os deslumbra. Prométeos placeres; prométeos riquezas; prométeos honras y dignidades, que son los tres linajes de bienes tras los cuales corren naturalmente los hombres, como el ciervo tras las corrientes de las aguas, y la simple mariposa tras el resplandor de la luz; y así no es de maravillar que tan fáciles seáis en darle también oídos.

Mas ¡oh ciegos de vosotros!, ¿cómo no descubristis su falsía y mal intento? Esta misma liberalidad y extremada largueza en prometer, notad bien lo que os digo, esta misma liberalidad en prometer deberíais servir de indicio, el más claro, el más seguro, el más incontrastable de su ánimo traidor. Todos los traidores ¿quién lo ignora? siguen el mismo estilo de insinuarse con lisonjas. Caín vendió á Abel, convidándole al campo á solazarse: *Egrediamur foras*¹; Abisalón vendió á Ammón, invitándole á un suntuoso banquete; Jael vendió á Sisara, ofreciéndole dónde dormir y descansar; Dálila vendió á Sansón, adormeciéndole con halagos y caricias; Trifón vendió á Jonatás, prometiéndole honroso acogimiento; y por esta cuenta pudiera traer innumerables ejemplos. El principal cuidado de los traidores es proponer antes cosas halagüeñas, para después acarrear las tristes y dolorosas, fué observación del bienaventurado San Juan Crisóstomo: *Decipientium maxime opus hoc est, prius suavia proponere, quo mox inferant tristitia*². ¿Quién duda, pues, que al favorecer el mundo y al seguir la corriente de

Arg. 1.º
De los adjuntos.

Transición por comunicación.

El mundo es lisonjero. Luego es traidor.

Antec. por repetición y símiles.

La consecuencia por inducción de todos los traidores.

ejemplos bíblicos

y autoridades.

¹ Gen., iv, 8. — ² Hom., 16 ad pop.

Conclusión por
simil de la sirena

vuestras inclinaciones, aunque más torcidas y depravadas sean, no se porta con lealtad, sino á modo de sirena encantadora, que os embelesa con su música para atraeros y despedazaros? Hijo mío, hijo mío; oid cómo os apercibe Salomón: si los pecadores te halagaren, no los creas: *Fili mi, si te lactaverint peccatores, ne acquiescas eis* ¹.

y autoridad divi-
na.

Arg. 2.^o
De la especie de
bien es prometido.

El mundo os
ofrece bienes falsos. Luego es
traidor.

Antec. por parábola
de la manzana
y el dardo.

Narración sencilla:

1.^a parte,

2.^a parte.

Aplicación gravísima,

por autoridad

III

Y, en realidad de verdad, ¿habéis considerado alguna vez atentamente qué linaje de bienes os ofrece el mundo con tanta generosidad y largueza? Imaginaréis sin duda que son bienes de gran monta, bienes sólidos y macizos; y son bienes falsos, bienes engañosos, bienes que parecen bienes y son verdaderos males. Muy acertadamente los comparan algunos á la manzana, cuya exterior lindeza prendó á nuestra primera madre en el paraíso terrenal. Mas yo los compararía á otra manzana que trajo la muerte á un rey de Escocia, por nombre Kemet. Oid lo que cuentan los historiadores de aquel reino.

Entróse un día este príncipe en un jardín muy hermoso y florido, y allí acertó á mirar una estatua muy gallarda y primorosamente labrada, en actitud de ofrecer con la mano derecha una manzana de oro. El rey, que no se recelaba del engaño, con aquella facilidad con que solía recibirlo todo, y de todo el mundo, alargó también su mano en esta ocasión, mas para su daño y desventura; porque, junto con la manzana, se desprendió súbitamente un dardo ó saeta muy aguda, que traía la estatua en la otra mano, y, sin dar tiempo á desviar el golpe ni de prevenirlo, allí mismo le mató.

Pues, hermanos míos, así son los bienes que del mundo reciben sus ciegos amadores; de este jaez son sus beneficios, tales sus ponzoñosas dádivas, diré en alta voz con el glorioso Damasceno, que á todos los que siguen sus antojos, arma celadas y traiciones: *Hujusmodi sunt mundi bene-*

¹ Prov., 1, 10.

ficia, hujusmodi mundi munera: omnibus, qui ipsius voluptatibus obsequuntur, insidias struit ¹. Tienen los mundanos sus placeres, con que desfogar su pasión, ¡oh que linda manzana!; mas con los placeres van en pos mil sucias y asquerosas enfermedades, que sujetan á los infelices á perpetuos medicamentos y deshonra perpetua: veis aquí el dardo. Tienen los mundanos haberes y riquezas, con que procurarse abundantemente comodidades y regalos, ¡oh qué linda manzana!; mas con las riquezas van juntos mil cuidados y zozobras de tratos y contratos, de pleitos y de quiebras, que los condenan á vivir en perpetuo sobresalto: veis aquí el dardo. Tienen los mundanos gloria y renombre, con que dilatan su fama con grande fausto y vanidad; ¡oh qué linda manzana!; mas á la gloria van en seguimiento mil contiendas implacables de precedencias, de títulos, de intrigas, de porfías y ambiciones, que los condenan á vivir en perpetuo batallar; veis aquí el dardo, y dardo muy emponzoñado.

Porque ello es así, que todo el mundo está asentado en la malignidad, como afirmó San Juan: *Mundus totus in maligno positus est* ²; que es decir, según nota divinamente San Cipriano, que ríe para encruelecerse, halaga para engañar, convida para matar: *Arridet ut saeviat, blanditur ut fallat, illicit ut occidat* ³. Y ¿aun dudáis? ¿Aun no os resolvéis? ¿Aun queréis nuevos argumentos para tenerle por traidor y mentiroso? ¿Qué monta que os brinde sus bienes con espantosa prodigalidad, si son bienes dañosos, bienes perjudiciales, bienes que sólo tienen de tales el nombre y apariencia; bienes que llamó la Sabiduría espuma del mar, ¡tanta es su vaciedad y amargura!; bienes que Santiago calificó de vapores livianos, ¡tal es su vileza y poquedad!; bienes que el Salmista compara al heno seco, ¡tan pobres son y tan fugitivos!; bienes que Salomón, después de probarlos todos, declaró que no sólo eran pura vanidad, sino aflicción de espíritu; ó, como lee el árabe, *angustia de espíritu*; ó, según el caldeo; *quebrantamiento de espíritu*; ó, según la letra siríaca, *solicitud y congoja de espíritu*; ó, según Vatablo, *rompimiento ó*

enumeración de

(antítesis y conversión irónica)

placeres.

riquezas.

hombres.

Confirmación extrínseca;

y amplificación vehementemente

por conmultiplicaciones.

similes sagrados

¹ In vita Josaphat.—² I Joan., v, 19.

³ Epist., ad Donatum.

notación de nombre

polisíndeton

y gradación.

Conclusión de lástima

por divino testimonio.

Arg. 3.^o
Tusa y heredad
de los bienes
mundanales.

Transición por
concesión.

El mundo es de
poco y por corto
tiempo. Luego es
traidor.

Antec. por sí-
mil de Holofer-
nes.

despedazamiento de espíritu; ó, como San Jerónimo lee en Teodoción y Símaco, *pasto ó manjar de viento*; como dando á entender por vivísima metáfora que quien trata de buscar hartura en los bienes mundanales no hace más que papar viento, esto es, alimentarse de un manjar que, no sólo no restaura las fuerzas, pero acongoja, y da bascas, y produce convulsiones, y causa dolores los más crueles en el corazón del infeliz hambriento? Cuando fuere abastado y ahito, así habla Job de los tales hambrientos, se angustiará, jadeará y todo dolor lo embestirá: *Cum satiatus fuerit, arctabitur, aestuabit, et omnis dolor irruet super eum* ¹. Y vosotros ¿seréis tan desatinados que os entregéis en servidumbre al mundo, sólo porque os promete tales bienes? ¡Oh imprudencia! ¡oh simplicidad! ¡oh desvarío! ¿No tiene razón un Isaías cuando, reprendiendo vuestra ceguedad, os pregunta: ¿Por qué empenáis vuestra plata y no en comprar panes, y vuestro trabajo y no en hartura?: *Quare appenditis argentum non in panibus, et laborem vestrum non in saturitate* ².

IV

¡Oh cuán afortunadamente añade *non in saturitate*, no en hartura! Porque, demos que los bienes y felicidad mundana, aunque falsos, aunque mentirosos y contrahechos bienes, sean no obstante apetecibles; mas ¿qué esperáis? ¿que os los reparta el mundo con tanta abundancia que quedéis hartos? ¡Bien se ve cuán mal lo conocéis! Os los dará como se daba el agua á los moradores de Betulia cercada por Holofernes, es decir, con medida, y medida tasada, y medida bien escasa y mezquina. Y si por maravilla os los reparte copiosamente, tened por cierto que luego al punto os los arrebatará.

Porque es de saber, que por mucho que procure el mundo, como industrioso negociante, conservar su crédito, en realidad ha hecho quiebra, está tronado, ni tiene en su casa con qué poder pagar y satisfacer á sus infinitos acree-

dores. ¿Qué hace, pues, el muy traidor? Para dar al que le apremia más, desposee al que insiste menos; y si bien lo miráis, repararéis que nunca enriquece á éste sin empobrecer á aquél; á ninguno levanta sin derribar y abatir á otro. Cuando Sansón se vió forzado á pagar los treinta vestidos, que en aquellas bodas prometió á los convidados que resolviesen su famoso enigma, ¿no sabéis qué partido tomó para tenerlos? Pues se entró en Ascalón, mató á treinta hombres y, quitándoles las ropas, las dió á los intérpretes de su problema: *Descenditque Ascalonem, et percussit ibi triginta viros, quorum ablata vestes dedit iis, qui problema solverant* ¹.

Así hace el mundo. Para vestir á uno, no halla mejor arbitrio que desnudar á otro. Da á Mardoqueo la administración de opulenta monarquía, mas dácela derribando á Amán. Concede á Siba el dominio de magníficas haciendas, pero concédeselas quitándolas á Mifiboset. Confiere á Sadoc la investidura del sacerdocio, mas se la confiere despojando de ella á Abiatar; y así descuidado por los demás, y siempre hallaréis que hace el mundo como el horticultor ó jardinero, que á fin de dar agua á una fuente ó surtidor, cuyos variados juegos quiere mostrar á los curiosos espectadores, da vuelta á la llave y hurta mañosamente el agua á otro surtidor. ¿Cómo os fiaréis, pues, de este mal mundo, el cual al mejor lance os dejará burlados, y os dejará burlados para socorrer con lo vuestro á otro menos digno que vos, á un artero adúlador, á un ambicioso más osado, á un intrigante más astuto; á uno, en fin, que quiere valer y aventajarse por caminos que deberían en justicia ser los más largos, porque son caminos torcidos, caminos revueltos y pedregosos, y no obstante son frecuentemente en el mundo los más cortos?

V

Pero hay más; porque si el mundo os avisara con tiempo del daño que forzosamente os ha de acarrear, mereciera acaso alguna excusa. Pero lo más doloroso es que, por cum-

y comparación del negociante que quebró.

Confirmase 2^o por el hecho de Sansón.

β) por congerier & inducción histórica:

Mardoqueo,

Siba,

Sadoc.

γ) por similitud del surtidor y el jardinero.

Aplicación de Benevolencia.

Arg 4.^o
De la circun-
stancia del modo
repentino.

¹ Judic., xiv, 19.

¹ Job, xx, 22. — ² Is., lv, 2.

El mundo se despoja en el mejor lance. Luego es traidor.

Por símil de la hiedra de Jonás.

narración sencilla por contraste.

Aplicación por ejemplos conglorados.

(historia profana)

y afectos de lástima y desencanto.

Joviniano,

Valeriano,

plir su oficio de traidor con toda la verdad y exactitud, se complace en cogerlos de repente, y, como decíamos, en el mejor lance, esto es, en la mayor prosperidad y pujanza, ó en la mayor necesidad y miseria. Habíase echado el profeta Jonás á la sombra de una fresca y copuda yedra, la cual, creciendo poco á poco y dilatándose, formaba sobre su cabeza una hermosísima tienda de campaña. Mas ¡oh ilusión!, cuando el infortunado profeta pensaba dormir más á su gusto, cuando se alegraba con extremada alegría al pie del árbol: *super hedera laetabatur laetitia magna*¹, se marchitó de súbito la yedra, se secó toda, y él quedóse expuesto á los rayos del sol canicular. ¡Oh, si yo pudiera contar aquí uno á uno todos los mortales que han sido burlados en esta forma del mundo engañoso, cuántas yedras hermosísimas os mostraría repentinamente agostadas, cuántos laureles secos de improviso en la cabeza de muchos vencedores!

Celso, de simple soldado en los ejércitos de África, fué aclamado emperador, merced á la buena industria de Pompiniano y Posieno; mas ¿quién lo creyera?, al cabo de los siete días de gobierno, trocándose súbitamente la fortuna, fué asesinado de los mismos que le habían encumbrado al imperio, sin más crimen que haber fiado demasiado en el favor de la muchedumbre. Lo mismo acaeció á Galba, lo mismo á Otón, lo mismo á Vitelio, á Emiliano, á Pértinax, á Floriano, á Tácito, á Numeriano, los cuales ni siquiera un año llegaron á gozar del cetro, que se les cayó con grande mengua de sus manos, cuando se imaginaban empuñarlo con más fuerza. ¡Infeliz Joviniano! Este desventurado príncipe, uno de los más piadosos, ilustrados y benignos que podían esperar los hombres, cuando, recién aclamado emperador por sus vasallos, se encaminaba á la ciudad de Constantinopla á tomar allí solemne posesión, alojóse en el camino en una pieza blanqueada de pocos días, y esto bastó para quedar sofocado de noche con el tufo de los braseros, que ardían allí para secar las paredes de la estancia. Poco más reinó Valeriano; pero ¿de qué le aprovechó si, esclavo después de Sapor, rey de Persia, tuvo el

¹ Jon., iv, 16.

desastrado príncipe que servirle de escabel, siempre y cuando quería montar á caballo su orgulloso vencedor? Un poco más pudieron tener el señoría aquellos cuatro reyes, cuyos nombres no recuerdo; pero ¿qué les aprovechó si, prisioneros después y esclavos de Sesostris, rey de Egipto, se vieron forzados á arrastrar, como viles brutos, la carroza del tirano? ¡Tan á pique están de despeñarse en la mayor afrenta aun las mayores majestades de la tierra!

Casimiro, rey de Polonia, segundo de este nombre, mientras se regocijaba en un día solemnisimo, y, convidados todos los señores y grandes del reino, no oía sino encomios de sus proezas, glorias de su nombre y augurios de felices y prolongados años, pidió la copa para brindar y dar gracias á los convidados; mas apenas la acercó á los labios cuando cayó muerto, dejando burlados tantos pronósticos y malogradas tantas esperanzas. Pero ¿qué hago, cristianos oyentes? Basta, basta. ¿Presumo, acaso, relatar aquí el infinito catálogo de los mortales que desde la cumbre de su pujanza, cuando se alegraban con extremada alegría: *laetabantur laetitia magna*, se vieron derribados y sumidos en el fango del oprobio por ese mundo traidor? ¿A qué traer aquí á los Seyanos, á los Eutropios, á los Rufinos, á los Belisarios? Sería negocio de nunca acabar, tarea casi inmensa ó imposible; llenas están de tales ejemplos las historias, llenos los libros, llenos los anales de los pueblos; cosa que hizo exclamar á San Juan Crisóstomo, que la prosperidad y deleite de este mundo nada tiene de estable, nada de firme y duradero: *nihil habet stabile, nihil firmum*; sino que, á manera de torrente fugitivo, se queda enjuto y seco cuando el viajero, como el profeta Elías, se acerca á la ribera para apagar su sed y gozar tranquilamente de la frescura del sitio. *Expectavimus pacem, et ecce turbatio*¹: Esperábamos sosiego y encontramos guerra y turbación. Mas, aunque sean tantos los ejemplos, no sé si habrá ninguno ni tan triste ni que tan á las claras muestre la vanidad del mundo como el de Ladislao, rey por otra parte tan esclarecido en Bohemia. Escuchad; y si después aun no os pa-

los cuatro reyes.

Conclusión por epifonemas.

Confirmación por nuevos ejemplos.

el rey Casimiro por contra posición.

Corrección energética y preterición.

Conclusión final por autoridad.

y símil del torrente.

Exposición oratoria por ejemplo ilustrado.

¹ Jer., xiv, 19.

rece infiel y pasajera la felicidad mundana, acusadme de calumniador.

El rey Ladislao.

Era Ladislao mancebo apenas de diez y ocho años, cuando concertó casarse con Magdalena, hija de Carlos VII, rey de Francia; y fijando la ciudad de Praga para la celebración de las bodas, y apercebidas cuantiosas sumas, y des-

Exposición por enumeración

de personajes,

pachadas las capitulaciones, envió por la real consorte, que estaba en París, á Ulderico, obispo de Patavia. Hable la Europa, y diga si con motivo semejante se vió jamás embajada más espléndida. Doscientos caballeros iban de la primera nobleza de Bohemia, doscientos de Austria, doscientos de Hungría; pero todos, por su noble continente, por sus trajes y atavíos, por sus libreas y divisas tan vistosos, que pudieran pasar por reyes, á no ser tantos en número. A éstos, para inmediato servicio de la reina, se juntaron cuatrocientas damas y señoras muy ilustres, con toda su servidumbre y acompañamiento; fuera de las soberbias carrozas de oro y plata, corrían delante nada menos que ochenta generosos alazanes, tan briosos, tan ricamente enjaezados, que deslumbaban la vista. Llevaban además inmensa balumba de preciosas vajillas, de tapicerías, de alfombras y damascos con que adornar las habitaciones y posadas, regalos suntuosos, magníficos presentes. Enviáronse otrosí nobles embajadores al mismo emperador, que le convidasen á las bodas con su mujer la emperatriz Leonor; embajadores al rey de Polonia; embajadores á los príncipes de Baviera, á los de Sajonia, á los señores del marquesado de Brandeburgo. Acarrearon á Praga gran copia de made-

de arreos y atavíos,

de embajadores,

de preparativos y festejos.

Nudo y creciente expectación,

ras con que levantar teatros para representaciones, palenques para los torneos, vallas ó empalizadas para las justas y lidias, palcos donde se asentasen los príncipes espectadores, ó, por mejor decir, espectáculo de todos; y ya iban á empezar las fiestas, colgadas las calles y adornadas con arcos de triunfo, con estatuas, con emblemas é inscripciones, de suerte que no se aguardaba sino la llegada de la real consorte. Cuando una tarde siente el rey un malestar y como dolores de estómago, túrbase, congójase. Mas todavía, por no alarmar á sus vasallos, siéntase á la mesa, come, platica y pasa gran parte de la noche con sus grandes y cór-

tesanos; de aquí se recoge á su apartamento, mas no puede conciliar el sueño. Muy de mañana llaman apresurada-mente á los médicos... ¡Dios mío! ¡qué horror! ¡Ya no existe! ¡El rey ha muerto!... Sí, había muerto, y al cabo de treinta y seis horas yacía en un ataúd. ¡Qué universal trastorno! Envían correos que se detenga la regia comitiva; truécase la fiesta en funerales, el regocijo en llanto; y la reina, cercana ya á la ciudad de Praga, tiene que volverse, no ya esposa, sino viuda, perdiendo á su marido antes de poseerle.

la dolencia del monarca.

Catástrofe súbita por exclamación de espanto.

¿Qué sentís, mis amados oyentes? ¿qué juzgáis de la felicidad del mundo? ¿No os dije que faltaba á lo mejor, cuando más próspero soblaba el viento de la fortuna, que parece que nos llevaba en palmas, y, para valerme de la fórmula de San Pedro Damiano, á los que halaga y emmiela, más de prisa se les convierte en acibar? *Quibus blanditur, iis quantocius in amaritudinem vertitur*¹. ¡Oh mundo, mundo! ¡oh mentira! ¡oh dulce ponzoña! ¡oh jardín florido y lleno de serpientes! Si esto no es de traidor y desleal, ¿qué es? Es, si no me equivoco, hacer como el Vesubio, á cuyas faldas y vertientes, si queréis plantar trigos, viñedos y arboledas, os ofrecerá riquísima cosecha, primavera perpetua de verdura y perpetuo otoño de frutos siempre sazonados. Mas ¿qué?, si cuando menos los pensáis vomita de sus entrañas torrentes de lava, de azufre, de ceniza y de betún, tan espantoso y asolador, que en una hora estraga y aniquila las riquezas de muchos años: *Malitia horae oblivionem facit luxuriae magnae*?². ¡Oh qué sentencia tan profunda y experimentada! La malicia de una hora, dice el Eclesiástico, hace olvidar grandes deleites. Y ¿vosotros aún porfiáis en arrimaros á la falda de monte tan engañoso, y allí vivir y allí sentar vuestros reales? El profeta Isaías, después de describir los males de Babilonia, dice que los árabes no plantarán sus tiendas á par de ella: *Non ponet ibi tentoria arabs*³, que en adelante no guiarán allí los pastores su ganado, ni los trabajadores y peones buscarán jornales en aquella comarca. ¿Y vosotros, no sólo queréis asentar en

Conclusión de indignación y aborrecimiento,

por autoridad,

por símil del Vesubio

y aplicación viciosa.

comparación bíblica de las tiendas de los árabes

¹ Damian. epis., 5. L. 7.—² Eccli., xi, 29.—³ Is., xii, 20.

ella tiendas movedizas, pero levantar palacios? ¡Ah no, mis amados oyentes!, huid, huid, os diré con las ardientes palabras del profeta, huid del medio de Babilonia, y salvad cada uno vuestras almas: *Fugite de medio Babylonis, et sal-*

y exhortación ve-
date *in* uniusquisque animas vestras¹; lejos, lejos de la Babilonia del mundo, que no es tierra de amigos, como vosotros creéis, sino de asesinos y traidores.

Arg. 5.º
El mundo encara-
bre su perfidia;

VI

Ya sé lo que os ciega en este punto y os hace descaminar. Es que esos acaecimientos tristes que del mundo se pueden esperar, según hemos demostrado, á todo lo atribuirán los mundanos menos á la perfidia de su dueño. Aquél murió joven, es verdad, mas fué la causa su destemplanza en el comer; no se previno, no se medicinó con tiempo; el otro cayó de su privanza, pero no es maravilla, porque era muy poco avisado en el hablar; el otro hizo quiebra, pero su arrojo y temeridad tienen la culpa; el otro perdió los amigos, pero ¿qué extraño, si era de modales tan duros y groseros? Y así jamás el mundo quiere conceder que los desastres que á sus amadores sobrevienen nacen de faltar en él fidelidad como traidor, sino en ellos aviso y recato como imprudentes.

y enumeración de
casos cotidia-
nos.

Mas esto es pro-
picio de traidores;

(por el retrato del
capitán Joab,

Pero ¿no veis que en esto consiste principalmente su doblez? Ninguna cosa procuran los traidores con más cuidado que ocultar sus malas obras; aquí emplean toda su mañana, aquí ponen todo su artificio y habilidad; porque, si confesasen sus daños, ¿quién fiaría de ellos en adelante? Pocos hacen como aquel capitán Joab, que habiendo muerto con villana traición á dos valientes soldados del ejército, Abner y Amasa, tan ufano andaba de su hecho, que esmaltó con la sangre de ellos su cingulo militar: *Posuit cruorem praelii in baltheo suo*². Los más van por otro camino, tiran la piedra y esconden la mano; preguntados, niegan; convenidos, juran y perjuran, y, ya que no pueden encubrir el hecho, lo embrollan de mil maneras. El hombre que frau-

¹ Jer., LI, 6. — ² 3 Reg., II, 5.

dulentemente causa perjuicio á su amigo, así leemos en los Proverbios, si por ventura le prenden, dice: Fué una bróma, no tuve mala intención: *Vir qui fraudulenter nocet amico suo, cum fuerit deprehensus, dicit: Ludens feci*¹.

¿Qué maravilla, pues, que nunca falten al mundo nuevos pretextos para colorear sus perfidias? Pero no pasan de fútiles pretextos, hermanos míos. Y así, torno á repetir, no os fiéis; aborreced al mundo, abominad de él con toda el alma; ni os pase por el pensamiento que por ventura sirviéndole con fidelidad, guardando exactamente sus leyes, ateniéndoos á sus dictámenes, os tratará mejor que á los demás. Muy al revés; si queréis que el mundo os respete y tenga en algo, ¿sabéis el mejor camino? Es no hacer estima de él; es hollarlo, acocerarlo generosamente; es desdeñar sus favores y escupir sus vanos prometimientos. Quien más perdido ande tras él, no recibirá sino desdenes y menosprecios, y conocerá por experiencia cuánta verdad encierran las palabras del Damasceno: que el mundo aborrece á sus más fervientes amadores: *Amicorum suorum hostis est mundus*.

Luego el mun-
do es traidor.

Exhortación y
tránsito por pro-
lepsis:

constitución de
nuevo argumen-
to.

VII

Arg. 6.º
El mundo honra
á los que le
desprecian,

Estraña cosa por cierto, oyentes míos, pero muy verdadera: si alguien menospreció el mundo y lo puso debajo de los pies, ¿quiénes fueron? Los varones más señalados en santidad. Éstos lo reprendieron de palabra, éstos lo vituperaron por escrito, éstos desecharon é hicieron burla de cuanto el mundo les ofrecía, de sus regalos, de sus riquezas, de toda temporal prosperidad. Pues bien; éstos son, finalmente, cuya memoria guarda con loor: *Memoria justí cum laudibus*². Guarda el mundo cada día más fresca la memoria de un Alejo, que, huyendo de la casa paterna para buscar á Cristo, dió al mundo ha más de mil años tan solemne desdén y pesadumbre; guarda la memoria de un Bernardo, que no hizo caso de sus placeres; guarda la memoria de un Francisco, que holló sus riquezas; guarda la memoria

y desprecia á los
que le honran.
Luego es traidor.

1.ª parte. Los
santos desprecia-
ron al mundo.

es así que el mun-
do honra á los
santos;

¹ Prov., XXVI, 19. — ² Prov., X, 7.

de un Romualdo, que por escapar de sus honras no dudó estar escondido largo espacio entre los sauces y malezas de una laguna cenagosa. A éstos admira como hombres extraordinarios y levantados sobre el nivel de los demás hombres, á éstos acata, á éstos celebra y glorifica, á éstos adora, hincando sus rodillas ante las cenizas de ellos. Verdaderamente la memoria del justo con loores: *Memoria justí cum laudibus*. ¿Quién no lo ve? ¿quién no lo siente cada día? Mas, de sus vanos amadores, de sus servidores más fieles, que se desentrañan por darle gusto, ¿qué sucede?

¿Cuál es su paradero? De los tales, responde el Sabio, llega á escarnecer, á hacer burla, como de gente ruin, de gente vana, de gente discolosa y sensual, de corazones interesados y ambiciosos. Y el nombre de los ímpios se pudrirá: *Et nomen impiorum putrescet*.

Levantó, como sabéis, el rey Nabucodonosor una estatua de oro, que figuraba la real persona de su majestad, y mandando juntar en torno de la estatua á todos los sátrapas, jueces, magistrados, capitanes y gobernadores de sus provincias, mandóles por voz de pregonero que en el mismo punto en que oyesen el sonido de las trompetas, de las cítaras, de las flautas, de las zamponas y salterios, se derribasen en tierra y adorasen la estatua de metal. Entre tanta muchedumbre de pueblos y naciones, sólo tres mancebos despreciaron el real ordenamiento, y con voz firme, reprobando tan impía ceremonia y abominando de tal adoración, escogieron antes entrar en el horno, que parecía un infierno, que consentir en ello: *Notum sit tibi, rex* (le dijeron), *quia deos tuos non colimus, et statuum auream, quam crexisti, non adoramus* ¹. Sabe, ¡oh rey!, que nosotros no daremos culto á tus dioses, ni adoraremos jamás la estatua de oro que has levantado. Mas ¿quiénes fueron á la postre los honrados? ¿quiénes los aventajados? ¿quiénes los preferidos por el mismo rey? ¿Acaso los que, hincándose al momento de rodillas y cosidos con la tierra, le rindieron tan bajo obsequio? No, cierto; fuéronlo entre toda la gente los tres mozos que le despreciaron. Porque éstos, como quedasen ile-

¹ *Desenlace, ó la virtud coronada.*

¹ Dan., III, 18.

sos en el horno, y así reconociéndolos el rey por hombres amados y favorecidos de Dios, los ensalzó de suerte y levantó á tanta dignidad, que bien tuvieron los demás que envidiar su fortuna. Después que el rey los vió perseverar con tanta constancia y tesón, nota divinamente San Crisóstomo, los alabó, y los coronó, y reparó la observación de este Santo, y no por otra causa ni merecimiento, sino por que le despreciaron á él: *Postquam eos vidit rex generose stantes, praedicavit et coronavit, nec propter aliud, nisi quia se contempserunt* ¹.

Esto vemos con nuestros ojos cada día. Los que al punto se encorvan bajamente ante la estatua del mundo, el mundo los desprecia y olvida. Los que primero que arrojarse prefieren con generoso pecho entrar en la fragua, aunque muy encendida y dolorosa, de la pobreza, de las deshonras, de los padecimientos y trabajos, éstos son después los estimados y enaltecidos. Y así ¿qué mayor desatino que figurar que el mundo tendrá en cuenta vuestros servicios para agradecerlos y daros el retorno? No, católicos: siempre os será desleal, siempre pérfido, siempre ingrato y desconocido, ni jamás os desviviréis tanto en su obsequio, que no os deseche y vuelva las espaldas á fuer de buen traidor.

VIII

Fuera de esto, escuchadme, escuchadme, cristianos y hermanos míos; porque en realidad de verdad os complacezco en el alma, si os habéis entregado de propósito á la servidumbre del mundo. ¿Sabéis qué es servir al mundo? ¿dar gusto al mundo? ¡Oh qué leyes, si fuera así por desgracia, qué yugo tan pesado, qué carga tan incomparable echasteis sobre vuestros hombros, harto más pesada que no sirviendo á Jesucristo! Sacondisteis é hicisteis pedazos unas cadenas de madera, os diré con el profeta, apiadado de vuestra ceguedad; desmenuzasteis el yugo de madera, y la bráis en su lugar cadenas de hierro: *Catenas lignae contri-*

¹ Chrys. ad pop., hom. 24.

AMPLIFICACIÓN de osadia

y compasión.

Tránsito al

Arg. 7.^o
El mundo os impone un yugo de hierro. Luego es traidor.

Transición de lástima.

Ante. por comparación

visti, et facies pro eis catenas ferreas ¹. Sí, prisiones de hierro; vedlo, si no, y palpado con vuestras manos este triste desengaño, y sentenciad el pleito en mi favor.

entre el yugo y leyes de Cristo.

Impone Cristo á sus siervos leyes algo duras á la carne, es cierto: perdonar al enemigo, refrenar las pasiones, humillar el espíritu, mortificación, obediencia, castidad; ¡gran cruz, costoso sacrificio! Es verdad, pero también lo es que, cuando el Señor lo exija de nosotros, nos dará fuerzas juntamente para hacerlo. Fiel es Dios, nos asegura el Apóstol, que no sufrirá seáis tentados sobre vuestras fuerzas: *Fidelis Deus, qui non patietur vos tentari supra id quod potestis* ².

aligerado con su gracia.

Él nos asistirá, como asistió á un Esteban entre la horrible lluvia y tempestad de piedras; él nos esforzará, como esforzó á un Antonio, cercado y combatido de espíritus infernales; y así no tenemos razón de quejarnos de él, porque, como divinamente arguye San León, bien hace en urgir el cumplimiento del mandato quien proviene abundantemente con el socorro necesario: *Iuste nobis instat praecepto, qui praecurrit auxilio* ³.

(ejemplos a pari

y autoridad)

y el yugo pesadísimo del mundo

No así el mundo. El mundo dice: ¿Has recibido una injuria? Pues has de vengarte, sopena de quedarte deshonrado y afrentado; esto mando, éstos son mis fueros; y así apremia con sus leyes, mas no da fuerzas para ponerlas en ejecución: *Instat praecepto, sed non praecurrit auxilio*; porque si has de tomar venganza, según sus estatutos, no te da

(prosopopeya hácese de su tiránico mandar,

por subjeción,

enumeración enérgica,

dinero con que buscar gente, alimentar criados y matadores; en tal manera que, si eres pobre, es menester que acabes de arruinarte, que pierdas tu hacienda, que destruyas tu casa; y si tu mala ventura quiere que sucumbas en el encuentro, allá te avengas, poco le importa al mundo. Cruel es, dice Jeremías, cruel es y no tiene entrañas para compadecerse: *Cruelis est, et non miserabitur* ⁴. El mundo dice: ¿Eres noble? Pues has de sustentar el estado y aparecer con fausto y ostentación; has de criar caballos, y tener coches, y hacer alardes de aderezos y libreas; y urge y apremia con sus leyes, mas no provee de medios convenientes,

porque no te da rentas ni caudales que basten para mantener tanto lujo. El mundo dice: ¿Eres negociante? Forzoso y compras y ventas exorbitantes, con un tráfico y correspondencia casi inmensa; y el mundo insta y urge con su ley, mas no te ayuda, porque no te da los capitales necesarios. El mundo dice: ¿Eres cortesano y quieres medrar? Preciso es que valgas con el rey ó príncipe, que granjees su favor, que conquistes su privanza, ó á lo menos que no dejes levantar cabeza á los noveles pretendientes que van detrás; y urge y amenaza con sus leyes, mas no te da sagacidad, ni te infunde discreción, ni te arma de industria y fortaleza. Leyes injustas, gobierno tiránico, de suerte que, si vamos discurriendo por todo lo demás, veremos que no trata mejor el mundo á sus servidores que Faraón al miserable pueblo de Israel, en los días más acerbos de su esclavitud.

contraposición

Epíteto y conclusión sucinta.

Quería el déspota que cumpliesen cada día su penosísima tarea, que fabricasen termas, que levantasen torres, que edificasen ciudades enteras; y con todo no quería darles paja para la construcción de los adobes. Así ordena y manda Faraón: No os quiero dar paja. Andad vosotros y recogedla donde y como podáis, mas que no se disminuya un punto la tarea: *Sic dicit Pharaon: non do vobis paleas. Ite et colligite, si invenire poteritis, nec quidquam minuetur de opere vestro* ¹. Faraón pide adobes y no da paja; el mundo apremia con sus leyes y niega los recursos. *Instat praecepto, et non praecurrit auxilio*. Y ¿vosotros seréis tan locos que os entreguéis en cuerpo y alma al servicio de amo tan cruel, tan desleal, tan doblado y mentiroso, que es lo que pretendía demostrar?

Confirmación por semejanza de Faraón y los hebreos.

Lugano de cómo servir al mundo.

¡Ah Dios mío y Salvador mío! ¡Qué ciegos somos en preferir traer sobre nuestros cuellos un yugo tiránico, un yugo de hierro, *jugum ferreum*, como el del mundo falsario y traidor, al de vuestra servidumbre, según Vos mismo dijisteis, tan ligero y regalado! Jamás, oyentes y hermanos míos,

Amplificación por afectos de vergüenza

¹ Jer., xxviii, 13.—² 1 Cor., x, 13.

³ Serm. 16 de Pas. Dom.—⁴ Jer., vi, 23.

¹ Exod., v, 10-11.

jamás se diga tal de nosotros; más valemos, para mayores cosas hemos nacido que para servir á tiranos y traidores. Quien pueda abandonar el mundo, que al punto lo abandone, que huya de sus banderas, que vaya á Cristo, que le abrirá de par en par las puertas de mil claustros y religiones santísimas, donde asegurarse como en ciudad de refugio y alcázar fidelísimo. Tenga dicho para sí el consejo del Eclesiástico: Ve, hijo mío, al bando de la generación santa: *In partes vade saeculi sancti* ¹; y no viva más tiempo en el engaño de aquellos que, como lamenta Jeremías, se casaron con la mentira tan fuertemente, que no quieren romper con ella, ni darle libelo de repudio. *Apprehenderunt mendacium, et noluerunt reverti* ². Conozca sus daños, pondere sus peligros, y, ya que tiene aún sus pies libres para correr tras Cristo y asegurar su salvación, no se ponga él mismo las prisiones, ni se meta en tan miserable servidumbre, conforme al dicho de Salomón: No des á los extraños tu honor, y los años de tu vida al servicio del cruel: *Non des alienis honorem tuum, et annos tuos crudeli* ³.

y propósitos varoniles.

por énfasis y semejanzas bíblicas.

CONSECUENCIA PRÁCTICA.

O huid del mundo, ó tratad con él con gran cautela,

porque es traidor.

Transición por anticipación.

SEGUNDA PARTE

IX

Paréceme que os oigo decir, hermanos míos, como que pretendiera con el sermón de esta mañana despoblar las ciudades y llevar á todo el mundo á las sagradas religiones de la Cartuja ó del Cister, ó á los horrores del yermo ó de la Trapa. ¡Ojalá tuviese tanta fuerza mi palabra! ¡Mil veces dichoso si recabase tanto de vosotros! Mas no lo espero, porque son muchos mis pecados y no merezco tal gracia de Dios nuestro Señor. Por lo demás, sabed, oyentes míos, que esta verdad del conocimiento del mundo, de sus traiciones y falsías, ha sido siempre la que movió y mueve de continuo á tantos á aborrecerle y volverle las espaldas.

Ésta ha poblado los monasterios de monjes, ésta ha llenado los yermos de anacoretas, pareciéndoles gran locura fiar en los halagos de un traidor, que con todos ha faltado á la palabra. Del mentiroso y embustero, dice el Eclesiástico, ¿qué lealtad hay que esperar?: *A mendace, quid verum dicitur?* ¹ No imaginéis, de consiguiente, no vea claro que la mayor parte de vosotros, sea por razón de la edad, sea por su estado ó condición, no están en circunstancias de renunciar al mundo y dar de mano á todos sus negocios. Y éstos y ^{dubitación.} ¿qué harán? ¿qué partido tomarán? ¿Han de desmayar por esto y entregarse en manos del traidor? No, sino que cumplan lo que voy á decirles, á saber: que vivan en el mundo como las avecillas en la tierra, que es como si dijéramos, con un pie, y siempre recelosos.

Resp. reforzando la consecuencia por ejemplos universales

2.º miembro por gracioso símil.

Veis, sin duda, que bajan á la tierra los pobres animales á proveerse de grano en una era, ó de agua en el riachuelo; pero, como saben que es país enemigo, donde todo son lazos para prenderlos, no paran allí más tiempo del estrictamente necesario para satisfacer su necesidad; y aun ese poquito que allí están, verécislos siempre estar alerta, siempre mirando alrededor, siempre ansiosos, tímidos, sobresaltados y en continua guardia, y luego, en picando, levantan el vuelo y huyen á lo alto. Así debéis hacer vosotros; usar de este mundo, según el dicho del Apóstol, y conversar con él, como si en él no vivierais: *Uti hoc mundo, tanquam qui non utantur* ²; es decir, que no pongáis en él vuestro corazón, que no os aficionéis á sus vanidades, que no sigáis sus dictámenes perversos, que no os fiéis de sus promesas, acordándoos siempre que sus obras son estragadas: *Opera ejus mala sunt*; en una palabra, debéis tratar con el mundo, como suele tratarse á los traidores, esto es, con suma cautela y recato. ¡Oh qué regla tan acertada, oyentes míos! ¡cuán provechosa! ¡cuán discreta! ¡cuán segura! Y porque deseo que todos la sigáis en vuestra vida práctica, quiérola explicar mejor con un extraño suceso acaecido al siervo de Dios Enrique Susón, vástago ilustre de la es-

Primera parte, hipotiposis del pajarillo;

Segunda parte; el cristiano en el mundo,

por viva exhortación:

¹ Eccli., xxvii, 4.

² 1 Cor., vii.

¹ Eccli., xvii, 25.—² Jer., viii, 5.—³ Prov., v, 8.

transición á la
prueba por
clarecida orden de Santo Domingo de Guzmán, que ha
dado, no sé si más santos al cielo, ó maestros á las es-
cuelas.

(Arg. 9.º)
EJEMPLO Y Pa-
roración final.

X

Narración lles-
trada de Enrique
Susán.

Exposición senci-
lla por prosopo-
grafía.

modo y gradación
de miedo y sobre-
salto.

por dialogismo.

hipotiposis.

Andábase una vez peregrinando de la Germania inferior á la superior, cuando tuvo que atravesar un bosque muy es-
peso y horroroso, no tanto por las fieras que allí había, como
por los frecuentes asesinatos de pobres viajeros. Solo, á boca
de noche, mientras iba penetrando en la espesura, de re-
pente ve venir hacia sí un ladrón de la cuadrilla, de esta-
tura desmesurada, de aspecto feroz, de continente salvaje,
el cual, armado de una gruesa cimitarra al cinto, y en la
mano una pica ó lanzón, mira al viandante y le dice: Paso,
padre; pues parece hombre de bien, quiero confesarme con-
tigo.—Enrique creyó, al oír estas palabras, que se las decía
para desviarle á paraje más solitario y allí matarle más á su
salvo. Y así, sobresaltado de mil angustias, no sabía qué
partido tomar. ¿Seguir al bandolero? Era arriesgado. ¿Huir?
Imposible. ¿Dar voces? Temeridad. En tantos vaivenes de su
espíritu, tuvo por mejor recurrir á nuestro Señor, con todo
el afecto de su corazón, y seguir al asesino, el cual, cami-
nando con su padre confesor al lado, comenzó á hablarle de
esta manera: Ha de saber, padre, que hace muchos años
tengo mi vivienda en este bosque, y mi oficio es robar á los
que pasan, luego hacerlos cuartos y dejar sus carnes á los
jobos.—Figuraos cuál estaría el corazón de Enrique al oír
esta introducción; pero, disimulando como pudo, y aparentando
por defuera el valor que le faltaba dentro: Seguid, le
dijo.—Pues allí, debajo de aquel roble, continuó el saltea-
dor, degollé á un hombre; más allá, junto á aquella peña,
maté á una mujer; aquí, donde ahora estamos (era preci-
samente la ribera alta del río Rhin, que, á lo largo de la sel-
va, corría muy profundo); aquí mismo, dijo, me encontré
con un buen cura como vos, y me confesé con él; después
que recibí la absolución, despertáronse en mi alma no sé
qué miedos y sospechas que no depusiese en juicio contra
mí, y, para asegurarme, creí que lo mejor era atravesarle

de parte á parte con este puñal que aquí veis, y de un pun-
tapié lanzarlo al río.—¡Oh! Aquí sí que se sobresaltó el
pobre Enrique, y de poco se desmaya. Miraba de cuando
en cuando si echaba mano al puñal que pendía del cinto;
temblábanle las piernas, corríale por todo el cuerpo un sud-
or frío, y, perdido el color y los ojos apagados, dió tan ma-
nifiestas señales del terror que le embargaba, que pudiera
enojar á aquel hombre bestial, á no estar, como estaba, ver-
daderamente tocado de Dios. Y así, terminada lo mejor que
pudo su confesión, dió las gracias á Enrique, le acompañó
hasta fuera del bosque, le hizo mucha honra y acatamiento,
y encomendándose en sus oraciones, que le recabaron del
cielo, según dicen, su eterna salvación, se despidió de él
muy cortésmente.

¿Veis lo que hace, hermanos míos, quien por fuerza ha
de tratar con un asesino? Se roza con él lo menos posible,
háblale á más no poder, y esto con sobresalto, con pena, con
congoja, y encomendándose entre tanto á nuestro Señor,
siempre teme, siempre zozobra, siempre se recela de alguna
celada ó engaño que de improviso le saltee y mate. Así habéis
de tratar con el mundo. Es un ladrón y salteador en esta
espaciosa selva del universo y camino de la eternidad, y si
quisiera con sinceridad confesaros toda su vida, oiríais de su
boca los robos y matanzas infinitas que ha hecho y hace cada
día. Os diría que lisonjeó una vez á un incauto mozo por
nombre Absalón, y lo infatuó con esperanzas de no sé qué
cetros y coronas, y después le hizo traición, hasta reducirle
á morir colgado de una encina de sus hermosos cabellos, y
atravesado el pecho de tres lanzas. Os diría que, colgado
asimismo de un árbol, hizo morir á un cierto Aquitofel, gran
consejero de David, después que le indujo criminalmente á
rebelarse contra su señor para satisfacer sus ambiciosos in-
tentos. Os diría que de otro árbol hizo colgar al gran priva-
do de Asuero, Amán, tras haberle provocado traidoramente
á abatir á su rival para mantener su privanza. Os diría tam-
bién que á un cierto hijo de Jambri, de quien se trata en el
primer libro de los Macabeos, urdió la más negra traición
que se puede imaginar. Porque persuadióle primero que
concertase su casamiento, y aguardó á que el infeliz, muy

distribución,

y etopeya:

desenlace.

Aplicación elo-
cuente á las traici-
ones del mundo:

sus desafueros por

Prosopopeya y
enumeración his-
tórica.

Absalón,

Aquitofel,

Amán,

el hijo de Jambri.

acompañado y gozoso, llevase á su esposa de una ciudad comarcana á su propia casa, y entonces, alcanzándole en despojado, lo puso en manos de sus enemigos, y lo mató y le robó cuanto traía, y así desnudo lo abandonó en medio del camino.

Peroración de odio y desengaño,

Estos y otros más enormes atentados, acaecidos á personas de vuestra condición, os confesaría el mundo, si, como el otro ladrón, os dijera la verdad; y así, aperebidos y mirad y remirad cómo tratáis y conversáis con él: *Videte quomodo caute ambuletis* ¹, y si hay que creerle cuando halaga, y aceptar sin reserva sus promesas. De los enemigos del hombre es el más taimado y astuto, y de quien nos previene el Sabio que no nos fiemos jamás: *Non credas inimico tuo in aeternum* ². No basta que sobredore su malicia, no basta que se os incline con profunda cortesía; no, católicos. Aun cuando se te humille y encorve, añade el Eclesiástico, mira con tiento lo que haces, guárdate de él, y no le dejes arri-mar á ti: *Etsi humiliatus vadat curvus, adijce animum tuum, et custodi te ab illo, et non statuas illum penes te* ³.

por testimonios conglobados;

exhortación,

¿Entendisteis ya sus artificios? Pues recataos de él, no fiéis de sus apariencias y lisonjas, ni os dejéis seducir de una risa, de un donaire, de una mirada placentera, de un agasajo, de una palabrita de alabanza; antes recataos de él, torno á decir, y estad muy sobreaviso: *Cave tibi*. ¿Por qué? Porque camináis en compañía de vuestra perdición, que es el traidor: *Quoniam cum subversione tua ambulat* ⁴. Y si vuestra condición no os permite que le volváis completamente las espaldas, huyendo de sus lazos, no trabéis con él más estrecha amistad, como San Juan os amonesta: *Nolite diligere mundum* ⁵. No améis á ese mundo que es traidor, y no traidor comoquiera, sino furioso y pestilencial, y sediento de beberos la sangre y de acarrearos la mayor desgracia. Dalila, la traidora Dalila, vendió á Sansón para entregarlo al filisteo; Doeg hizo traición á Aquimelec, para ponerle en manos de Saúl; Judas vendió á Jesucristo, para entregarlo á los escribas y fariseos; mas á peores enemigos quiere en-

comparaciones a menor de Dalila,

tregaros el mundo, si logra sus intentos: á las potestades ^{Doeg,} tenebrosas, á los demonios del infierno. Y ¿aún hay quien de nosotros le ame? ¡Oh extraña maravilla, que un traidor ^{Judas:} sea tan amado, y tan amado de los que le reconocen por traidor! Si es así, ya no tengo por tan criminal al que hace ^{conclusion por sentencia.} la traición, como al miserable que se deja engañar tan torpemente.



¹ Eph., v, 15. — ² Eccli., xii, 10. — ³ Ibid.

⁴ Eccli., xiii, 16. — ⁵ 1 Joan., ii, 15.

OBSERVACIONES CRÍTICAS

ACERCA DEL DISCURSO TREINTA

Aunque en el **fondo** pertenece al género deliberativo suasorio, pero en la **forma** entra de lleno en el judicial ó forense. Esto se llama persuadir á dos manos. La elocuencia cristiana no excluye forma ninguna, sino las malas, y sonlo aquí las que salen de un pecho frío. ¿Qué **fin** pretende? Engendrar, en los que oyen, **menosprecio** del mundo. ¿De qué **medio** se vale? De argumentos que prueban que el mundo es un traidor. Pues he aquí la iglesia convertida en un tribunal de justicia. El reo que traen es el mundo; el acusador, SÉNERI; el crimen, el de traición, y traición la más villana que se puede imaginar; los abogados, gran parte de los mismos oyentes; los jueces que han de dar la sentencia, todos. Y ¿cómo entabla la cuestión? De un modo tan artificioso que abarca los **tres estados**, que llaman de conjeturas, de definición y de cualidad. Abraza el estado **conjetural**, porque averigua el **hecho** de si el mundo es ó no reo de traición. Comprende el de **definición**, porque, dados los delitos y villanías del mundo, sustenta que merece el **nombre** de traidor. Encierra también el estado de **cualidad**, porque defiende que este mal mundo no tiene ningún **derecho** á nuestros servicios, y que por tanto hay que abandonarlo.

El maestro Baltasar de Céspedes ¹ pone en la oración ó razonamiento la misma diferencia que en el cuerpo humano, el cual tiene partes que, en cualquier lugar que estén, son siempre de una forma, como la sangre, los nervios, las ternillas y los huesos, y llama á éstas **homogéneas** ó semejantes; y tiene también miembros totalmente diferentes entre sí, de suerte que la cabeza es diferente del pie, y el brazo de la pierna, y á éstas llama **heterogéneas**. Así las partes homogéneas del discurso son las cuestiones, los argu-

mentos, las amplificaciones, los adornos del lenguaje, que se siembran por toda ella; y las desemejantes ó heterogéneas son las que piden lugares señalados, como los miembros en el cuerpo, tales como el exordio, la narración, confirmación, refutación, y epílogo ó peroración. Apliquemos á este discurso tan hermosa teoría.

Partes homogéneas. Huesos son las **razones** sólidas con que prueba ser el mundo pérfido y traidor, sacándolas del **modo** lisonjero con que entra, de la **falsedad** de los bienes que promete, de la **cantidad** ó tasa con que los reparte, del **breve tiempo** que permite gozar de ellos, de la **sazón** ó coyuntura en que los arrebató, de la **perfidia** con que disfraza y colorea su maldad, de la **honra** que granjean los que le escupen y **deshonra** de los que le sirven, y, finalmente, de su yugo tiránico y **cruelísimo**.

Músculos son las **argumentaciones** tan firmes, tan variadas, tan oratorias. Las que maneja con más primor y gallardía parecen ser la inducción, el silogismo y la colección.

Inducción.—Consiste en sacar de los que oyen asentimiento á una cosa dudosa, en fuerza de la semejanza que tiene con otras á que antes asintió. ¡Qué lindamente la emplea SÉNERI en casi todos los argumentos! ¿Quiere probar que le deben dar un premio porque va á descubrirles que el mundo es un traidor? Pues ahí está la **inducción** de Asuero, de Tiberio, de Pirro, de Crespo, que galardonaron á los que descubrieron alguna traición. (§ I.) ¿Quiere concluir que el mundo es traidor, porque se insinúa con lisonjas y zalamerías? Pues ahí están Cain y Absalón y Jael y Dalila y Trifón, que hicieron lo propio. (§ II.) Y así en los otros argumentos.

Silogismo.—Dos linajes de hombres aborrecen el silogismo, á saber: los herejes y los oradores adocenados y parleros; aquéllos, porque huyen de la verdad; éstos, porque les espanta el trabajo de discurrir y de poner en pretina el entendimiento. Con todo, no hay camino más llano para convencer, ni arma tan poderosa y perfecta como este modo de argumentar, si se emplea con arte:

*haec etenim momenti maxima pars est,
Scire quibus torquere queas tua tela modis, ut
Viribus, et cunctis facile ut sis dexter in armis*¹.

Mas dije **con arte**, porque el silogismo oratorio se diferencia del dialéctico en el **número** de los miembros, ó cuan-

¹ Véase la primera parte del *Culto Sroillano*, por el Licenciado Juan de Robles.

¹ Bened. Arias Montano, Rhetor. lib. III.

do menos en la **disposición** de ellos. El dialéctico tiene tres, que llamamos **proposición**, **asunción** y **conclusión**; por otro nombre, mayor, menor y consecuencia; mas el oratorio, unas veces tiene cinco, otras cuatro, otras tres, otras dos, y otras, finalmente, uno. Porque, si se añaden pruebas á la mayor y á la menor, tendrá cinco miembros, y entonces lo llama Tulio **racionación**; si sólo se prueba la una parte, tendrá cuatro miembros; si ninguna, tres; si omitimos la mayor ó la menor, por ser notoria, tendrá dos, y se llama **entimema**; y si no consta más que de un miembro, en el cual se embebe la razón ó término medio, se dice **epiquerema**, de todos los cuales modos hay preciosas muestras en nuestro SÉNTERI. Pues no se diferencian menos ambos silogismos en la **disposición** de los miembros. Porque el dialéctico siempre guarda el mismo orden; mas el oratorio lo invierte con elegancia, y, ya comenzando de la **asunción**, acaba con la **proposición** mayor; ya da principio con la **conclusión**, y tras algunos rodeos se remata con la misma; ya se abrevian las pruebas, ya se dilatan con infinita variedad. Una sola muestra quiero traer aquí, sacada de este discurso. ¿Qué dice el primer argumento, puesto en forma dialéctica?

Proposición. Los traidores suelen insinuarse blandamente y con lisonjas:

Asunción. Es así que el mundo es lisonjea y adula;

Conclusión. Luego el mundo es traidor.

¡Con qué gracia lo invierte y trueca el orador! Comienza por la **asunción**, tras ella coloca la consecuencia, prueba luego la mayor ó **proposición**, y, cuando la aplica á sus oyentes, torna á repetir la consecuencia.

Colección. Es la forma predilecta de SÉNTERI. Consta de cinco partes, á saber: **proposición**, donde dice lo que intenta probar; **razón** de ella, en que convence ser verdad lo que propuso; **confirmación** de este argumento, en donde con otras razones apoya y robustece la anterior; **ilustración**, que sirve de adornar y dar calor y movimiento á la materia ya confirmada; y **compleción** ó **conclusión**, donde se recogen con más vida todas las partes de la argumentación. Basta, por todo ejemplo, el exordio de este discurso.

Proposición. «Si hay hombres bien premiados y enaltecidos en toda república bien ordenada, son, sin duda, los que descubren á un traidor.»

Razón. «Asuero, aquel monarca poderosísimo... Tiberio premió á Antonia... Pirro á Fenaretos... Creso á una baja esclava...»

Confirmación. «¿Qué recompensa, pues, oyentes míos, puedo prometerme de vosotros?... ¿qué traidor es éste? ¿dónde está? ¿cómo se llama? Denúnciesele...»

Ilustración. «Dígallo nuestro adorable Redentor, el cual vino á la tierra para manifestar á los hombres esta gran verdad...»

Conclusión. «¿Y queréis vosotros pertenecer á ese número?...»

Hacen las veces de **articulaciones** ó **junturas** las **transiciones** oratorias, que son propias, naturales y variadas. Las hay que sirven de trabar las unas partes con las otras, ó un argumento con otro, ó las cláusulas entre sí. Es una de las tareas principales del orador y que requiere más ingenio. Aunque sobresale tanto SÉNTERI, le hace ventaja en esto Cicerón.

Finalmente, la **sangre** que circula por todo el cuerpo del discurso son los **afectos** de **menosprecio**, de **odio** al mundo, de **vergüenza** y de **temor**, los cuales, fraguados primero en el corazón del orador, se difunden por todas las venas y arterias del razonamiento, comunicándole vida, calor, viveza y hermosura, más ó menos, según las funciones de los órganos ó importancia de los miembros.

Partes heterogéneas. La cabeza del discurso es el

Exordio, y he aquí por qué es tan difícil su composición. Ha de ser, como la cabeza, **breve**, esto es, una sexta ó séptima parte de todo el conjunto; ha de tener, en suma, los afectos y razones de la oración, como se hallan en la cabeza los cinco sentidos; ha de estar bien trabajado y tan hermoso, que gane desde luego la voluntad de los que oyen, como la hermosura del rostro atrae á los que le miran. No me maravillo de lo que decía Antonio: *Quod primum est dicendum, aut, postremum soleo cogitare*¹: Que lo postrero que pensaba era lo que primero había de pronunciar. Y da la razón: «porque si alguna vez he querido trazar el exordio al principio, no me ocurren sino cosas mezquinas, baladías, ó triviales y comunes: *Nam si quando id primum invenire volui, nullum mihi occurrit, nisi exile, aut nugatorium, aut vulgare atque commune.* Con todo esto, no aprueba Quintiliano la costumbre de escribir los exordios en último lugar, aunque sea lo postrero que se piensa: *Non ideo tamen eos probaverim, qui scribendum quoque prooemium novissime putant*², y cada cual ha de seguir el estilo que mejor le cuadre; aun-

¹ Cic. De Orat., lib. II, cap. LXXVII.

² Instit. Orat., lib. III, n. 9.

que la naturaleza nos enseña que lo primero que se forma y tiene vida es el corazón, que equivale en nuestro caso al asiento de los afectos oratorios y de los argumentos y amplificaciones, que es la

Confirmación. En ella se fecundan y desenvuelven los gérmenes de vida. ¡Con qué valor emprende su acusación contra el famoso reo! ¡Qué delitos tan enormes achaca al mundo! Considera sus **entradas**, y las ve llenas de vanas lisonjas; mira los **dones** que ofrece, y los halla vacíos de bondad y henchidos de mil males; mide la **tasa** y el **tiempo**, y ve que uno y otro son brevísimos; estudia el **modo** con que roba lo que dió, y advierte que es en el mejor lance, y todo con tal disimulo y alevosía, que matando finge que da besos. Lo dicho sirve para engendrar odio y menosprecio á ese ruin traidor. (Desde el § II hasta el VII.)

Da un paso más, y advirtiendo en los oyentes **dos pasiones**, la de **honra** y la de **placer** y bienestar, les persuade que si desean honra del mundo, que lo desprecien y pongan debajo de los pies; y si quieren paz y ventura, no se sujeten al yugo del mundo, que es incomfortable. (§§ VII y VIII.)

Es de las oraciones más ricas en **ejemplos, símiles, parábolas y comparaciones**, y dignísima por lo tanto de estudiarse y aprenderse de memoria. ¡Cuán engañados andan los que creen que la elocuencia consiste en cierta facundia y flexibilidad de la lengua! *Non enim solum acuenda nobis neque procedenda lingua est; sed onerandum complendumque pectus maximarum rerum et plurimarum suavitate, copia, varietate*¹. Hay que llenar el pecho y henchir la mente con la suavidad, muchedumbre y variedad de ciencias humanas y divinas, para que á sus tiempos vayan brotando espontáneamente. ¿Y hay quien se atreva, exclama el ilustre Arias Montano, á predicar de improvisó?

*Ergone ita in miseris populos eluditor, ut non
Dignos esse putas, quos horam impendere tantum
Nempe velis?*²

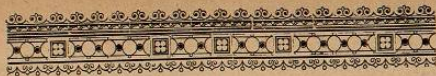
Faltarían á este cuerpo los **pies** y las **manos**, si no expusiese la **práctica** de huir del mundo. Esto hace en la segunda parte, valiéndose de la semejanza de los pájaros y del ejemplo del beato Enrique Susón. Juzgaba SÉNERI, y juz-

¹ De Orat., lib. III, 30.

² Rhetor. lib. I.

gaba bien, que por bellos que sean la cabeza y el tronco del discurso, es decir, el exordio y la confirmación, hay que añadir **medios prácticos** para facilitar la ejecución, que es ponerle pies con que ande y manos con que obre, lo cual suele hacerse en las conclusiones. Estos son los razonamientos elocuentes, cuerpos hermosos y robustos, capaces de grandes empresas: lo demás es engendrar monstruos, ó cuerpos de linda cara, pero sin pies ni manos.





DISCURSO TREINTA Y UNO

DE LA ETERNA PREDESTINACIÓN

Ego vitam aeternam do eis.
Yo les doy la vida eterna.

(JOAN., x, 28.)

EXORDIO

*Por es abrupto
de encontrados
afectos,*

Y ¿cuándo cesaréis de atormentarme, pensamientos míos funestísimos, con tantas angustias, con tantas olas de temores y perplejidades que levantáis en mi pobre alma respecto de mi eterna predestinación? Mi corazón anda agitado, como frágil navicilla en noche tenebrosa, si descarga de repente una brava y furiosa tempestad; no sabe qué movimiento ú oleaje ha de seguir como favorable, ni cuál ha de contrastar como enemigo; ya le embiste una ola que, levantándola en alto, parecele que va á subirla á las estrellas; ya le combate otra que, precipitándola hacia el profundo, parecele que la va á sepultar en los abismos. Con este horroroso vaivén, ahora me acomete una oleada de pensamientos que, levantándome á sublimes esperanzas, me dicen que soy del número de los predestinados; ahora un golpe de imaginaciones lúgubres que, derribándome en un abismo de espantos y terrores, me aseguran que estoy escrito en el catálogo de los réprobos.

1.º De incertidumbre horrible de la predestinación.

por contraposición y semejanza de la nave,

combatida de varias olas.

Pero sósígate, pobre corazón mío; espíritu mío, tan recientemente combatido, tranquilízate, que veo un puerto donde guarecerme; y por mucho que miremos, por mucho que registremos alrededor, no creo que podamos dar con otro puerto más seguro en noche de tinieblas tan espesas, en un golfo tan erizado de escollos.

2.º De calma súbita, por apostrofe.

y símil del puerto: